

CAPÍTULO 4. RESTITUCIÓN

Un tercer elemento de la oración eficaz es la RESTITUCIÓN. Si en algún momento he tomado lo que no me pertenece, y no estoy dispuesto a hacer restitución, mis oraciones no llegarán muy lejos hacia el cielo. Es algo singular, pero nunca he tocado este tema en mis discursos sin oír de resultados inmediatos. Un hombre me dijo una vez que no necesitaría detenerme en este punto en una reunión que estaba a punto de dirigir, ya que probablemente no habría nadie presente que necesitara hacer restitución. Pero creo que si el Espíritu de Dios escudriña nuestros corazones, la mayoría de nosotros encontraremos que hay muchas cosas que deben hacerse y que nunca antes habíamos considerado.

Después de que Zaqueo se encontró con Cristo, las cosas se veían totalmente diferentes. Me atrevo a decir que la idea de hacer restitución nunca antes había entrado en su mente. Probablemente pensó esa mañana que era un hombre perfectamente honesto. Pero cuando el Señor vino y le habló, se vio a sí mismo bajo una luz completamente distinta. Observen lo breve que fue su discurso. Lo único que se registró que dijo fue esto: «He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, le restituí cuatro veces» (Lucas 19:8). Un discurso breve; ¡pero cómo han resonado estas palabras a través de los siglos!

Con esa declaración confesó su pecado: que había sido deshonesto. Además de eso, mostró que conocía los requisitos de la ley de Moisés. Si un hombre había tomado lo que no le pertenecía, no solo debía devolverlo, sino multiplicarlo por cuatro. Creo que los hombres en esta dispensación deberían ser tan honestos como los hombres bajo la Ley. Estoy tan cansado y harto de vuestro mero sentimentalismo, que no endereza la vida de un hombre.

Podemos cantar nuestros himnos y salmos, y ofrecer oraciones, pero serán una abominación para Dios, a menos que estemos dispuestos a ser completamente rectos en nuestra vida diaria. Nada dará al cristianismo tal dominio sobre el mundo como el que el pueblo creyente de Dios comience a

actuar de esta manera. Zaqueo probablemente tuvo más influencia en Jericó después de hacer restitución que cualquier otro hombre en ella.

Finney, en sus conferencias a los cristianos profesantes, dice: «Una razón para el mandamiento: “No os conforméis a este mundo”, es la inmensa, saludable e instantánea influencia que tendría, si todos hicieran negocios según los principios del Evangelio. Dadle la vuelta a la situación, y dejad que los cristianos hagan negocios por un año según los principios del Evangelio. ¡Sacudiría el mundo! Resonaría más fuerte que el trueno. Dejad que los impíos vean a los cristianos profesantes en cada trato consultando el bien de la persona con quien comercian, buscando no su propia riqueza, sino la riqueza del otro, viviendo por encima del mundo, sin dar valor al mundo más allá de que sea un medio para glorificar a Dios; ¿qué creéis que sería el efecto? Cubriría al mundo de confusión y los abrumaría con convicción de pecado».

Finney marca como una gran señal del arrepentimiento genuino la restitución. «El ladrón que guarda el dinero que robó no se ha arrepentido. Puede tener convicción, pero no arrepentimiento. Si tuviera arrepentimiento, iría y devolvería el dinero. Si has engañado a alguien y no restituyes lo que has tomado injustamente; o si has dañado a alguien y no te propones deshacer el mal que has hecho, en la medida de tus posibilidades, no te has arrepentido verdaderamente».

En Éxodo leemos: «Si un hombre robare un buey u oveja, y lo matare o vendiere, pagará cinco bueyes por el buey, y cuatro ovejas por la oveja» (Éxodo 22:1). Y otra vez: «Si alguno hiciere pastar un campo o una viña, y metiere su bestia, y comiere el campo de otro, de lo mejor de su campo y de lo mejor de su viña pagará. Si brotare fuego, y prendiere en espinas, y quemare la hacina, o la mies en pie, o el campo, el que encendió el fuego pagará lo quemado» (Éxodo 22:5-6).

O volvamos a Levítico, donde se establece la ley de la ofrenda por la culpa; el mismo punto se insiste allí con igual claridad y fuerza.

«Si una persona peca y comete una falta contra el Señor, y miente a su prójimo en aquello que se le había confiado para guardar, o en sociedad, o en cosa robada con violencia, o ha engañado a su prójimo; o ha hallado lo que se había perdido, y miente acerca de ello, y jura falsamente; en cualquiera de todas estas cosas que un hombre haga, pecando en ello; entonces será que, por cuanto ha pecado y es culpable, restituirá aquello que robó con violencia, o la cosa que obtuvo con engaño, o lo que le fue dado en depósito, o la cosa perdida que halló, o todo aquello sobre lo cual ha jurado falsamente; lo restituirá íntegro, y añadirá la quinta parte más, y lo dará a aquel a quien pertenece, en el día de su ofrenda por la culpa» (Levítico 6:2-5).

Lo mismo se repite en Números, donde leemos:

«Y el Señor habló a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel: Cuando un hombre o una mujer cometiere alguno de todos los pecados que los hombres cometen, haciendo una falta contra el Señor, y aquella persona fuere culpable; entonces confesarán su pecado que han cometido; y él recompensará su falta con lo principal de ello, y añadirá la quinta parte, y la dará a aquel contra quien pecó. Pero si aquel hombre no tuviere pariente a quien recompensar la falta, la falta se recompensará al Señor, entregándola al sacerdote, además del carnero de la expiación, con el cual se hará expiación por él» (Números 5:5-8).

Estas fueron las leyes que Dios estableció para Su pueblo, y creo que su principio es tan vinculante hoy como lo fue entonces. Si hemos tomado algo de algún hombre, si de alguna manera hemos defraudado a un hombre, no solo confesémoslo, sino hagamos todo lo que podamos para hacer restitución. Si hemos difamado a alguien, si hemos iniciado alguna calumnia o algún informe falso sobre él, hagamos todo lo que esté en nuestro poder para deshacer el mal.

Es en referencia a una justicia práctica como esta que Dios dice en Isaías: «He aquí que para contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño de impiedad; no ayunéis como hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto. ¿Es tal el ayuno que yo escogí? ¿Un día para que el hombre aflija su alma? ¿Inclinar su cabeza como un junco, y acostarse sobre cilicio y ceniza? ¿Llamaréis esto ayuno y

día agradable al Señor? ¿No es más bien el ayuno que yo escogí: desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, dejar ir libres a los oprimidos, y que rompáis todo yugo? ¿No es partir tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes llevar a tu casa? Cuando vieres al desnudo, cubrirlo, y no esconderte de tu semejante? Entonces tu luz despuntará como la aurora, y tu sanidad brotará con rapidez; y tu justicia irá delante de ti, y la gloria del Señor será tu retaguardia. Entonces invocarás, y el Señor responderá; clamarás, y Él dirá: Heme aquí» (Isaías 58:4-9).

Trapp, en su comentario sobre Zaqueo, dice: «El sultán Selim pudo decir a su consejero Pirro, que le persuadía a otorgar las grandes riquezas que había tomado de los comerciantes persas a algún notable hospital para el alivio de los pobres, que Dios aborrece el robo como ofrenda quemada. El turco moribundo ordenó que se restaurara a sus legítimos dueños, lo cual se hizo en consecuencia, para gran vergüenza de muchos cristianos que no piensan en nada menos que en la restitución. Cuando Enrique III de Inglaterra envió a los Frailes Menores una carga de paño burdo para vestirlos, ellos lo devolvieron con este mensaje: “que no debía dar limosna de lo que había arrebatado a los pobres; ni aceptarían aquel don abominable”. El maestro Latimer dice: “Si no hacéis restitución de los bienes retenidos, toseréis en el infierno, y los demonios se reirán de vosotros”. Enrique VII, en su último testamento, después de la disposición de su alma y cuerpo, dispuso y ordenó que se hiciera restitución de todo el dinero que se había recaudado injustamente por sus oficiales. La reina María restauró todos los beneficios eclesiásticos asumidos por la corona, diciendo que valoraba más la salvación de su propia alma que diez reinos. También vino una bula del Papa, al mismo tiempo, para que otros hicieran lo mismo, pero nadie lo hizo. Latimer nos cuenta que el primer día que predicó sobre la restitución, uno vino y le dio veinte libras para restituir; al día siguiente, otro le trajo treinta libras; en otra ocasión, otro le dio doscientas libras. »

El señor Bradford, al oír a Latimer sobre ese tema, fue herido en el corazón por un solo trazo de pluma que había hecho sin el conocimiento de su maestro, y no pudo estar en paz hasta que, por consejo del maestro Latimer, se hizo la

restitución, por la cual renunció voluntariamente a todo el patrimonio privado y seguro que tenía en la tierra.

»Yo mismo», dice el señor Barroughs, «conocí a un hombre que había perjudicado a otro en solo cinco chelines, y cincuenta años después no pudo estar tranquilo hasta que lo hubo restituido».

Si hay verdadero arrepentimiento, dará fruto. Si hemos hecho mal a alguien, nunca deberíamos pedirle a Dios que nos perdone hasta que estemos dispuestos a hacer restitución. Si le he hecho a algún hombre una gran injusticia y puedo repararla, no necesito pedirle a Dios que me perdone hasta que esté dispuesto a hacerlo. Supongamos que he tomado algo que no me pertenece. No puedo esperar perdón hasta que haga restitución. Recuerdo predicar en una ciudad del este, y un hombre de buen parecer se me acercó al final. Estaba en gran angustia de espíritu. «El hecho es», dijo, «que soy un defraudador. He tomado dinero que pertenecía a mis empleadores. ¿Cómo puedo llegar a ser cristiano sin restituirlo?» «¿Tiene usted el dinero?» Me dijo que no lo tenía todo. Había tomado unos mil quinientos dólares, y todavía tenía unos novecientos. Dijo: «¿No podría tomar ese dinero y poner un negocio, y ganar lo suficiente para pagarles?» Le dije que eso era una ilusión de Satanás, que no podía esperar prosperar con dinero robado; que debía restituir todo lo que tenía, e ir a pedir a sus empleadores que tuvieran misericordia de él y lo perdonaran. «Pero me meterán en la cárcel», dijo. «¿No puede usted darme alguna ayuda?» «No; debe restituir el dinero antes de poder esperar recibir ayuda de Dios». «Es bastante duro», dijo. «Sí, es duro; pero el gran error fue haber hecho el mal al principio». Su carga se hizo tan pesada que era, de hecho, insoportable. Me entregó el dinero, novecientos cincuenta dólares y algunos centavos, y me pidió que se lo devolviera a sus empleadores. Les conté la historia y les dije que quería misericordia de ellos, no justicia. Las lágrimas rodaron por las mejillas de aquellos dos hombres, y dijeron: «¡Perdonarlo! Sí, estaremos encantados de perdonarlo». Bajé las escaleras y lo subí. Después de que confesó su culpa y fue perdonado, todos nos arrodillamos y tuvimos una bendecida reunión de oración. Dios nos encontró y nos bendijo allí.

Había otro amigo mío que había venido a Cristo y estaba tratando de consagrarse a sí mismo y sus riquezas a Dios. Anteriormente había tenido transacciones con el Gobierno y se había aprovechado de ellas. Esto le vino a la memoria, y su conciencia lo turbó. Tuvo una lucha terrible; su conciencia seguía levantándose y golpeándolo. Finalmente, extendió un cheque por mil quinientos dólares, y lo envió al Tesoro del Gobierno. Me dijo que recibió una gran bendición después de haberlo hecho. Eso es producir frutos dignos de arrepentimiento. Creo que muchos hombres están clamando a Dios por luz; y no la están recibiendo porque no son honestos.

Un hombre vino a una de nuestras reuniones, cuando este tema fue tratado.

El recuerdo de una transacción deshonesta pasó por su mente. Vio de inmediato por qué sus oraciones no eran respondidas, sino que «volvían a su propio seno», como dice la frase de la Escritura. Salió de la reunión, tomó el tren y fue a una ciudad distante, donde había defraudado a su empleador años antes. Fue directamente a este hombre, confesó el mal y se ofreció a hacer restitución. Entonces recordó otra transacción, en la que no había cumplido con las demandas justas que recaían sobre él; de inmediato hizo arreglos para que una gran cantidad fuera devuelta. Volvió al lugar donde estábamos celebrando las reuniones, y Dios lo bendijo maravillosamente en su propia alma. No he conocido a un hombre en mucho tiempo que pareciera haber recibido una bendición tan grande.

Hace algunos años, en el norte de Inglaterra, una mujer vino a una de las reuniones y parecía estar muy angustiada por su alma. Durante algún tiempo no parecía poder obtener paz. La verdad era que estaba encubriendo una cosa que no estaba dispuesta a confesar. Por fin, la carga fue demasiado grande; y le dijo a un obrero: «Nunca me arrodillo a orar, sino que unas pocas botellas de vino siguen subiendo ante mi mente». Resultó que años antes, cuando era ama de llaves, había tomado algunas botellas de vino pertenecientes a su empleador. El obrero dijo: «¿Por qué no hace restitución?» La mujer respondió que el hombre estaba muerto; y además, no sabía cuánto valían. «¿Hay algunos herederos vivos a quienes pueda hacer restitución?» Ella dijo que había un hijo que vivía a cierta

distancia; pero pensó que sería algo muy humillante, así que se contuvo por algún tiempo. Por fin sintió que debía tener una conciencia limpia a cualquier costo, así que tomó el tren y fue al lugar donde residía el hijo de su empleador. Llevó cinco libras consigo; no sabía exactamente cuánto valía el vino, pero eso lo cubriría de todos modos. El hombre dijo que no quería el dinero, pero ella respondió: «Yo no lo quiero; me ha quemado el bolsillo por mucho tiempo». Así que él aceptó tomar la mitad y darla a algún objeto caritativo. Entonces ella volvió; y creo que fue una de las mortales más felices que he conocido. Dijo que no podía decir si estaba en el cuerpo o fuera de él: tal bendición había llegado a su alma.

Puede ser que haya algo en nuestras vidas que necesita ser enderezado; algo que sucedió quizás hace veinte años, y que ha sido olvidado hasta que el Espíritu de Dios lo trajo a nuestro recuerdo. Si no estamos dispuestos a hacer restitución, no podemos esperar que Dios nos dé una gran bendición.

Quizás esa es la razón por la que tantas de nuestras oraciones no son respondidas.

La Limpieza Perfecta

*«Quien quisiera ser limpiado de todo pecado,
Debe traer al altar santo de Dios
Toda la vida: sus gozos, sus lágrimas,
Sus esperanzas, sus amores, sus poderes, sus años,
La voluntad, y toda cosa apreciada.*

*Debe hacer este sacrificio radical:
Escoger a Dios, y desafiar el reproche y la vergüenza,
Y mantenerse firme con valentía en la tormenta o la llama
Por Aquel que pagó el precio de la redención;
Entonces confiar (no luchar por creer),
Y confiando esperar, sin dudar, sino orar
Que en Su buen tiempo Él diga:
"Tu fe te ha salvado; ahora recibe."*

*Su tiempo es cuando el alma lo trae todo,
Todo está sobre Su altar puesto;
Cuando el orgullo y la presunción son muertos,
Y crucificados con Cristo, caemos
Impotentes sobre Su palabra, y yacemos;
Cuando, fieles a Su palabra, sentimos*

*El toque purificador, el sello del Espíritu,
Y sabemos que Él santifica.»*
— A. T. Allis.